

La hermenéutica analógico-icónica y la investigación en ciencias humanas

♦
MAURICIO BEUCHOT

Un aspecto muy típico de la investigación en las ciencias humanas es la interpretación de textos. En esas ciencias se practica en mayor medida ese arte de interpretar que nos acerca a documentos, a diálogos y a acciones significativas. Ciertamente, también se realizan otras tareas; por ejemplo, analizar y explicar. Pero, sobre todo, se interpreta para comprender. Incluso llegamos a sentir que en estas disciplinas se unen y fusionan la comprensión y la explicación, llegamos a un recodo del camino en el que casi se puede decir que comprender es explicar y viceversa.¹

Tal labor de interpretación se ha confiado a esa disciplina tan compleja que denominamos *hermenéutica*. Creo que también se la podría llamar *pragmática*, al menos en parte, pues una y otra tienen la misma finalidad, a saber, captar la intencionalidad del hablante o autor. Lo que vemos en las ciencias humanas son cosas hechas por el hombre, con alguna intencionalidad. Y ésta puede quedarse sin llegar a ser completamente comprendida si sólo efectuamos análisis sintácticos y semánticos. La aprehensión de la intencionalidad requiere la intervención de la pragmática y la hermenéutica. Es decir, nos obligamos a llevar a cabo la interpretación de los textos para desentrañar la intencionalidad a que su formulación obedece.

Los textos son de varias clases. Pueden ser escritos, hablados e, incluso, actuados. Todo lo que tiene una significación viva, no completamente inmediata y clara, es susceptible de interpretación. Y ahí es donde se plantea la necesidad y vigencia de la hermenéutica. Se ha llegado a decir que ésta

es ahora el instrumento universal de la filosofía y el método por excelencia de las ciencias humanas. Por lo menos muestra la ventaja de tener una gran apertura y la posibilidad de acotarla dentro de ciertos límites, impuestos por el contexto concreto. Eso permite integrar las particularidades culturales, por ejemplo las europeas y latinoamericanas o, aun, las occidentales y orientales.

El interpretar puede definirse como reintegrar un texto a su contexto. Reintegrar significa aquí no tanto integrar, lo cual suena algo impositivo, sino ayudar al texto a cobrar —al menos en parte— su sentido original, por medio de la recuperación —parcial también— de la intencionalidad del autor. Hay una especie de lucha entre el autor y el lector en la arena del texto. Algunos hermeneutas creen que necesariamente ganará el lector, y que la interpretación siempre será subjetiva. Hay otros que se empeñan en darle el triunfo al autor y esperan que la interpretación sea objetiva. Pero yo prefiero pensar que más bien hay un entrecruce entre lo objetivo y lo subjetivo. No se puede alcanzar la plena objetividad, pero tampoco tenemos que renunciar a ella y abandonarnos al subjetivismo. Hay lo que yo llamo una interpretación limítrofe, que reúne en una línea lo subjetivo y lo objetivo, y que, aun aceptando la intromisión de la subjetividad, nos deja la suficiente objetividad para poder decir que no traicionamos al autor del texto que estamos interpretando. No creo que sea válido el escepticismo de algunos que ya no aceptan nada como objetivo, y efectúan toda interpretación completamente referida a la subjetividad del intérprete. Hay que luchar por la objetividad para la hermenéutica, aunque deba reconocerse el concurso de la subjetividad. Si bien no se puede alcanzar una lectura de un texto por comple-

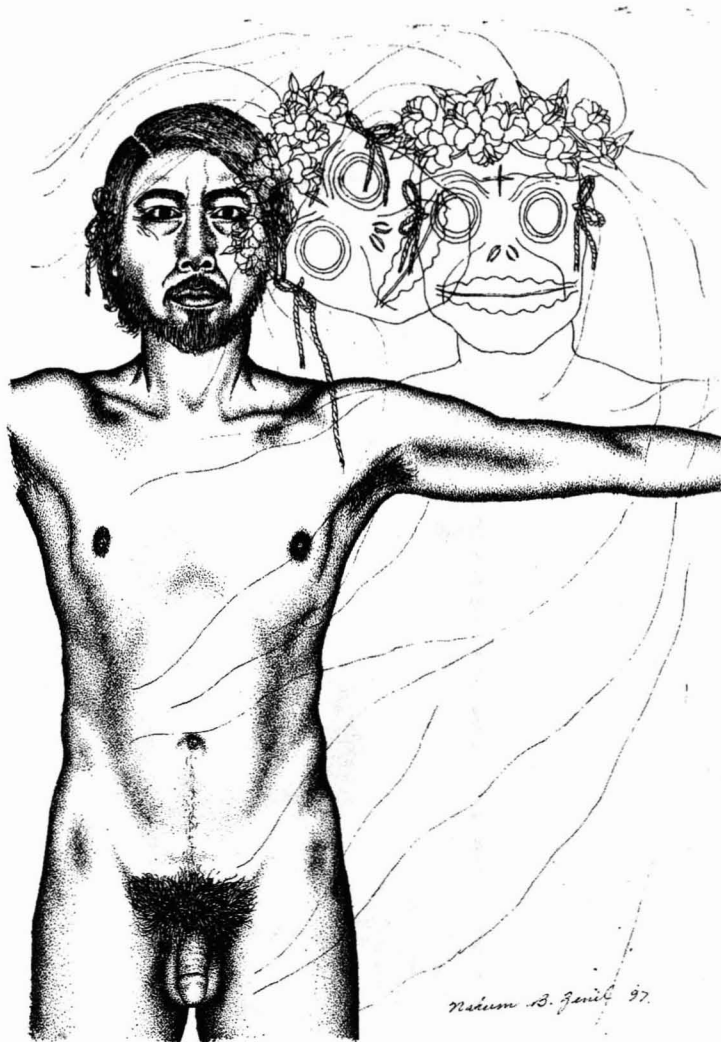
¹ Cfr. P. Ricoeur, "Expliquer et comprendre", en *Du texte à l'action. Essais d'herméneutique II*, Editions du Seuil, París, 1986, pp. 161-182.

to unívoca y semejante a una copia de la que originalmente quiso el autor, ello no autoriza para caer en una lectura del todo equívoca y desdibujada. Es posible celebrar, en cambio, una lectura intermedia, no desprovista de objetividad, pero tampoco empeñada en exceso en alcanzarla. Ahora que muchos renuncian a la objetividad y se entregan a la lectura subjetiva, desentendida y despreocupada, yo quisiera defender aún la objetividad, aunque sea de una manera moderada. Una defensa módica pero suficiente.

Aquí interviene lo que a mí me gustaría llamar la hermenéutica analógico-icónica. Analógica, porque centra la interpretación o la comprensión más allá de la univocidad y de la equivocidad.² El positivismo ha sido unvocista y nos ha frenado mucho en el saber; pero ahora muchos exponentes de la posmodernidad se han colocado francamente en la equivocidad, y eso también frena el conocimiento. Pues bien, entre la univocidad y la equivocidad encontramos la analogía, la analogicidad. Ella nos hace abrir las posibilidades de la verdad, dentro de ciertos límites; nos faculta para tener más de una interpretación válida de un texto, pero no admite cualquiera, y aun las que se integran se jerarquizan según su grado de aproximación a la verdad textual. Esa jerarquía y esa proporción son aspectos de la analogía, nombre que la matemática griega daba a la proporcionalidad.

La analogía permite, pues, diversificar y jerarquizar. Es un contextualismo relativo, no absoluto, y ello nos brinda la posibilidad de abrir nuestro espectro cognoscitivo sin perdernos en un infinito de interpretaciones que volvería imposible la comprensión y caótica la investigación. No creo que plantear la analogía, el límite proporcional, que tiene mucho que ver con la prudencia, la moderación epistémica y práctica, sea entibiar el agua ni trivializar la interpretación. Resulta arduo y complicado buscar la adecuada proporción que es preciso asignar a cada interpretación, para eliminar las que sean irrelevantes o falsas, y para dar a las relevantes una jerarquía según sus diversos grados de aproximación a la fidelidad al texto, merced a lo cual algunas de ellas obtienen esa unidad proporcional de la verdad del texto, proporcional o analógica como la verdad misma, en cuanto propiedad trascendental del ser, que también es analógico.

La hermenéutica que yo propongo es, como he dicho, además de analógica, icónica. Esto significa que se vincula con aquel tipo de signo que algunos llaman icono y otros

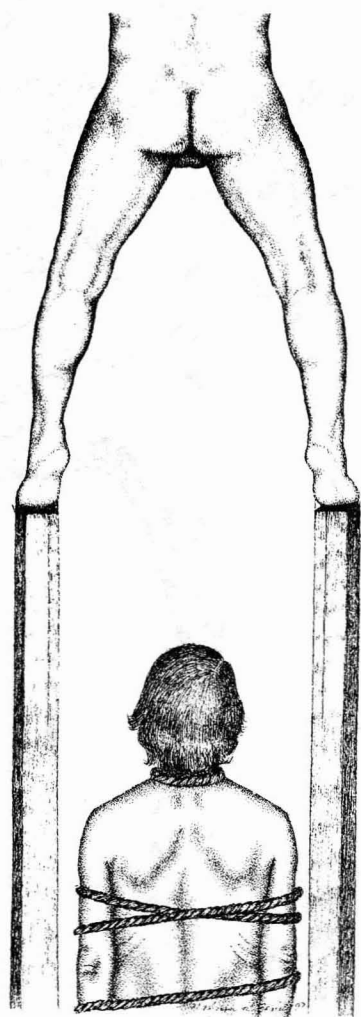


símbolo. Icono le llama Charles Sanders Peirce,³ y es la acepción que conservo aquí. El icono abarca otros tres tipos de signo: imagen, diagrama y metáfora. Es la analogía,⁴ que abarca lo cercano a la univocidad, como la imagen, lo que oscila entre la univocidad y la equivocidad, como el diagrama, y lo cercano a la equivocidad, como la metáfora, pero sin caer en dicha equivocidad. Con eso, la iconicidad-analogicidad permite encontrar la discursividad cercana a lo unívoco donde ésta se requiere, de manera axiomática o casi, y obliga a un tipo de significatividad de tipo apegado al modelo, como la que tiene la imagen icónica, aunque no sea mera copia. Permite además una interpretación que no se queda en la estructura discursiva aparente o superficial de un texto, sino

³ Cfr. la exposición del icono en Peirce formulada por Th. Sebeok, *Signos. Una introducción a la semiótica*, Paidós, Barcelona, 1996, p. 44.

⁴ A conectar la iconicidad con la analogía me ayuda Sebastià Serrano, en su libro *Signos, lengua y cultura*, Anagrama, Barcelona, 1981, pp. 68 y ss.; pero no se ve que él conecte la iconicidad con la metaforicidad; sólo lo hace con la imagen y con el diagrama; y, en cambio, a mí me interesa sobremedida conectar el icono con la metáfora.

² Cfr. M. Beuchot, *Tratado de hermenéutica analógica*, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México, 1997.



que avanza a su estructura profunda, por la semejanza de relaciones, como en el diagrama, y no sólo con el modelo de la imagen, que, en su modalidad excesiva de copia, fue el que privilegió el positivismo. Y también permite tener una interpretación apegada al modelo de la metáfora, de la metaforicidad. Ése fue el que privilegió Paul Ricoeur.⁵ Pero la metáfora es sólo uno de los modos de la analogía, el de la proporcionalidad impropia, y hay que dar cabida al de proporcionalidad propia y al de atribución. También privilegiaron la metáfora muchos posmodernos, pero dieron cabida a una desmedida ambigüedad constitutiva del lenguaje, la cual puede ser aquí sujeta por los otros modos de la analogía. En el modelo de Ricoeur, basado en la metáfora, la interpretación se da como tensión entre el significado literal y el metafórico; la verdad textual está en tensión dinámica o dialéctica entre la verdad literal y la metafórica (o ale-

górica, o simbólica). Pero creo que hay que ampliar la tensión más allá de lo metafórico y abarcar toda la analogía, la analogicidad completa. Esto nos permite ser más radicales que Ricoeur y hablar de la analogía —no sólo de la metáfora— como modelo de la hermenéutica, y del icono, según hemos visto, como algo coextensivo con la analogía.

Por eso propongo una hermenéutica analógico-icónica. Analogía e icono que nos permitan recuperar el sentido de tal manera que no resulte mutilado por la univocidad ni fragmentado por la equivocidad. Debe añadirse que el icono es un signo con la peculiaridad de ser sinecdótico —y hasta metonímico, además de metafórico—, es decir, que con un fragmento nos brinda el conocimiento de la totalidad, la parte nos conduce al todo, el fragmento nos lleva al conjunto. Nos hace preverlo, adivinarlo, deducirlo desde la hipótesis de la que partimos. En el conocimiento nos humillamos y tenemos que reconocer que vamos al todo iniciando con una pequeña parte. Pues bien, el icono abre la posibilidad de partir de un conocimiento fragmentario y avanzar hasta la totalidad, hasta el universal. No una totalidad que atrapamos de manera completa, sino matizada, contextual. Del fragmento —de los fragmentos—, vamos de manera no apriorística, sino aposteriorística, al todo, al universal. De hecho, la abducción de la hipótesis se basa en las analogías, y conduce a un universal analógico, icónico, un tanto hipotético y revisable, pero capaz de dar la seguridad que se puede alcanzar en el conocimiento humano. Es decir, la analogicidad nos hace universalizar, pero con cuidado, con límites. La analogía nos obliga a atender los elementos contextuales y particulares, y el icono nos obliga a interpretar desde hipótesis parciales y diagramáticas de los textos, hasta la totalidad del texto, hasta la comprensión más completa que es alcanzable. Igualmente nos hace darnos cuenta de que nuestra objetividad va a ser fragmentaria, limitada, pero suficiente.

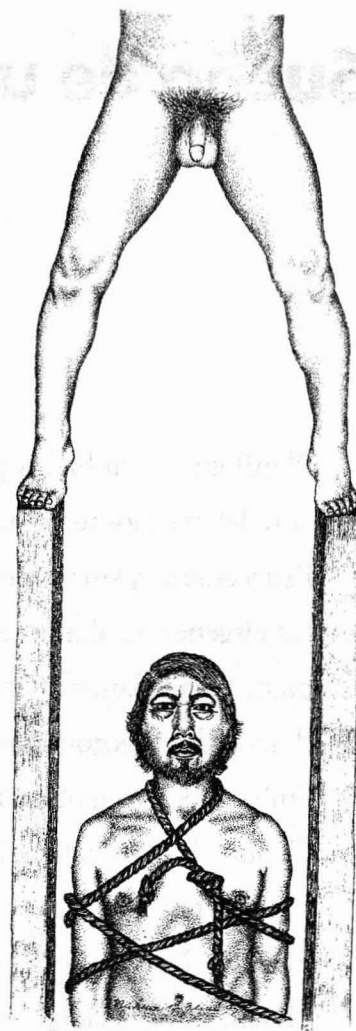
Por eso a esta hermenéutica analógico-icónica se le podría llamar también hermenéutica del límite, o limítrofe, pues trata de poner un límite y además se coloca en el límite. Pone límite a la univocidad y a la equivocidad, y se pone en el límite donde la univocidad y la equivocidad se tocan, recupera algo de cada una y engendra algo nuevo. Así, la analogía y la iconicidad nos colocan en el límite donde se juntan el hombre y el mundo, en el límite del lenguaje y del ser, de la natura y la cultura. Por eso se puede tener hermenéutica y ontología. No sólo hermenéutica, sino además ontología; en el límite donde se juntan el lenguaje y el ser, y se interpenetran sin confundirse, y se tocan sin devo-

⁵ Cfr. P. Ricoeur, "Metaphor and the Central Problem of Hermeneutics", en J. B. Thompson (ed.), *P. Ricoeur. Hermeneutics and the Human Sciences*, Cambridge University Press/Editions de la Maison des Sciences de l'Homme, Cambridge-Paris, 1982 (repr.), pp. 165-181.

rarse.⁶ Es decir, podemos asimilar la lingüistización y la historización de la filosofía, pero sin perder el asidero fuerte de lo ontológico. Nos pone en el límite, como está en el límite el propio ser humano, con su carácter de mestizo del universo, de microcosmos. La analogía es limítrofe, por eso el hombre, el ser limítrofe, es un análogo. Y el hombre también es un icono del universo, del macrocosmos.

La hermenéutica analógico-icónica me ha permitido colocarme en varios límites. Sobre todo en el del lenguaje y del ser, de la textualidad y la contextualidad, de la lengua y el habla, de la estructura y el contenido, de la diacronía y la sincronía, de lo sintagmático y lo paradigmático. Si, como asegura Ricoeur, la sincronía es el lenguaje y la diacronía es el acontecimiento histórico,⁷ en el límite se juntan y se puede establecer una ontología que conjunte lo óntico del acontecimiento y lo cultural del lenguaje. Una ontología limítrofe, analógica e icónica. Es una ontología pragmatizada —con la lingüistización y la historización—, pero también lleva a una pragmática ontologizada, en quiasmo recíproco, según lo hacía Merleau-Ponty.⁸ En el límite del lenguaje y el ser encontramos una ontología hermeneutizada y una hermenéutica ontologizada; el límite nos permite una ontología hermenéutica. En el límite de la lengua y el habla se nos permite una filosofía del lenguaje que atienda la sistematicidad de la lengua y los juegos de los actos del habla. En el límite de lo sintagmático y lo paradigmático se nos permite una hermenéutica que sea lineal y al mismo tiempo vaya en profundidad, que repita y juegue, que reproduzca e invente. Mejor aun, que, al repetir, sea creativa, porque siempre intenta ir más allá. Además, en algún momento se dijo que la filosofía ya ha interpretado mucho la realidad, que de lo que se trata ahora es de transformarla. Pues bien, una hermenéutica analógica se coloca en el entrecruce de la interpretación del mundo y de su transformación, interpreta para transformar. Así, nos hace sentir la obligación de colocarnos en el límite de fusión donde se juntan el bien individual y el bien común, para comprometernos con la construcción de la sociedad.

El propio bien común es analógico e icónico. Hace que el hermeneuta intente no sólo interpretar, sino también



transformar; y, si se quiere, transforma con su interpretación, en su misma interpretación opera una transubstanciación de la realidad social ofrecida, dada. Al ser límite, es fusión, sobre todo de horizontes. El horizonte del individuo y el de la colectividad, de lo personal y lo comunitario. Nos lleva esto a una filosofía comprometida, a una interpretación responsable del otro y de los otros, para lograr su mejoramiento integral.

Finalmente, una hermenéutica analógico-icónica nos compromete con la sociedad. No nos lleva a encerrarnos en la torre de marfil, sino a preocuparnos por ese bien que puede derramarse sobre los muchos, distribuirse entre los demás, que escape al interés de uno mismo. Es una investigación, la que se da en hermenéutica, que puede conducir al bien del hombre en la sociedad. Y lo principal es que la interpretación analógico-icónica nos acerca al hombre como microcosmos, con lo cual nos acerca a lo humano sin perder lo cósmico, a lo cultural sin perder lo natural. Por eso creo que puede ser un instrumento de acceso a estas ciencias tan peculiares y complejas como son las ciencias humanas. ♦

⁶ Cfr. E. Trías, *La aventura filosófica*, Mondadori, Madrid, 1988, pp. 37-55, y, del mismo autor, "Metonimia y modernidad (réplica a Mauricio Beuchot)", en J. R. Sanabria y M. Beuchot (comps.), *Algunas perspectivas de la filosofía actual en México*, UIA, México, 1997, pp. 289-291.

⁷ Cfr. P. Ricoeur, "Estructura, palabra, acontecimiento", en varios autores, *Estructuralismo y lingüística*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1971, y *Teoría de la interpretación*, Siglo XXI/UIA, México, 1995, pp. 22 y ss.

⁸ Cfr. M. Merleau-Ponty, *Le visible et l'invisible*, Gallimard, París, 1968, p. 319.